

843  
2.



FONDO  
CARDÓ COVARRUBIA

PQ 2499  
C68  
v.1



BIBLIOTECA ALFONSO XIII  
FONDO RICARDO COVARRUBIA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

## LA CONQUISTA DE PLASSANS

### I

Deseada batió palmas. Era una muchacha de catorce abriles, muy robusta para su edad, y, que tenía una risa de niñita de cinco años.

—¡Mamá, mamá!—exclamó—¡Mira mi muñeca!

Había cogido a su madre un guiñapo, con el cual trabajaba hacía un cuarto de hora para hacer una muñeca, arrollándolo y estrangulándolo por un extremo con un pedazo de hilo. Marta levantó los ojos de la media que estaba zurciendo con delicadeza de bordado. Sonrió a Deseada.

—¡Eso es una pepona!—le dijo.—Toma, haz una muñeca. Es preciso que le hagas una falda, como una señora, ¿sabes?

Y le dió un trozo de indiana que encontró en su costurero; después volvió a emprenderla con la media, cuidadosamente. Estaban las dos sentadas, en un extremo de la estrecha terraza, la hija en un tabureté fuerte a los pies de la madre. El sol poniente, un sol de Septiembre, caliente aún, las bañaba en tranquila luz, en tanto que, delante de

ellas el jardín, ya en sombra gris, se dormía. Ni un ruido, en el exterior, subía de aquel desierto rincón de la ciudad.

Entre tanto, las dos trabajaron diez minutos largos en silencio. Deseada estaba tomándose un trabajo inmenso para hacer una falda a su muñeca. A ratos, Marta levantaba la cabeza y miraba a la niña con ternura un poco triste. Como la viera muy apurada:

—Espera—le dijo. — Yo le voy a poner los brazos.

Cogía la muñeca, cuando dos muchachones de diez y siete y diez y ocho años bajaron la escalinata. Se dirigieron a besar a Marta.

—No nos riñas, mamá—dijo alegremente Octavio.—He sido yo el que ha llevado a Sergio a la música... ¡Había una de gente, en la carrera Sauvaire!

—Os he creído detenidos en el colegio—respondió la madre.—Si no, habría estado muy inquieta.

Pero Deseada, sin pensar más en la muñeca, se había arrojado al cuello de Sergio, diciéndole:

—Se me ha escapado uno de los pájaros, el azul, el que tú me regalaste.

Tenía muchas ganas de llorar. Su madre, que creía olvidada aquella pena, intentó en vano enseñarle la muñeca. Deseada tenía cogido el brazo de su hermano, y repetía, arrastrándole hacia el jardín:

—Ven a verlo.

Sergio, con su complaciente dulzura, la siguió procurando consolarla. La niña le llevó a un pequeño invernadero, ante el cual estaba la jaula, sobre un pedestal. Allí le explicó que el pájaro se había escapado en el momento de abrir ella la puerta para impedir que se peleara con otro.

—¡Caramba! no es extraño—gritó Octavio, que se había sentado en la baranda de la terraza.—Siempre los está tocando, y mira cómo están hechos y lo que tienen en el gáznate para cantar. El otro día, los llevó toda una tarde en los bolsillos, para que estuvieran calientes.

—¡Octavio!...—dijo Marta con tono de reproche.—No atormentes a la pobre niña.

Deseada no había oído. Contaba a Sergio, con grandes pormenores, cómo se había escapado el pájaro.

—Mira, se ha metido por aquí, y ha ido a posarse allá, en el gran peral del señor Rastoil. De allí ha saltado al círculo de fondo. Después ha vuelto a pasar sobre mi cabeza y ha entrado en los grandes árboles de la subprefectura, donde ya no le he vuelto a ver más.

A sus ojos asomaron dos lágrimas.

—Quizá vuelva—se atrevió a decir Sergio.

—¿La crees tú?... Me dan ganas de poner a los otros en una caja y dejar la jaula abierta toda la noche.

Octavio no pudo contener la risa; pero Marta llamó a Deseada.

—Ven a ver, ven a ver.

Y le presentó la muñeca. La muñeca estaba soberbia. Tenía una falda tiesa, la cabeza hecha con una pelota de tela y los brazos de un guñapo cosido a los hombros. El rostro de Deseada se iluminó con súbito contento. Se sentó de nuevo en el taburete, sin pensar ya en el pájaro y, besando a la muñeca meciéndola en sus brazos con puerilidad de niña.

Sergio había ido a apoyarse de codos al lado de su hermano. Marta había vuelto a coger la media,

—¿De modo — preguntó, — que ha tocado la música?

—Toca todos los jueves—respondió Octavio.—Haces mal en no ir, mamá. Toda la ciudad está allí; las señoritas de Rastoil, Madame de Condamin, el señor Paloque, la mujer y la hija del alcalde... ¿Por qué no vas?

Marta no levantó los ojos, y dijo, al acabar un zurcido:

—Ya sabéis, hijos míos, que no me gusta salir. Aquí estoy muy tranquila. Además, alguien se ha de quedar con Deseada.

Octavio abrió los labios, pero miró a su hermana y se calló. Permaneció quieto, silbando suavemente, alzando los ojos hacia los árboles de la prefectura, llenos del bullicio de los pájaros que se acostaban, y examinando los perales del señor Rastoil, tras de los cuales descendía el sol. Sergio había sacado del bolsillo un libro que leía atentamente. Reinó un silencio recogido, cálido, de muda ternura, en la agradable luz amarilla que palidecía poco a poco sobre la terraza. Marta, acariciando con los ojos a sus tres hijos, en medio de aquella paz de la tarde, daba grandes puntadas regulares.

—Todos llegan tarde hoy—dijo al cabo de un instante.—Son cerca de las diez, y vuestro padre no vuelve. Creo que ha ido por las Tulettes.

—¡Ah!—dijo Octavio.—Entonces no es extraño... Los aldeanos de las Tulettes no le sueltan nunca cuando le cogen. ¿Ha ido a comprar vino?

—No sé—dijo Marta.—Ya sabéis que no le gusta hablar de negocios.

Reinó de nuevo el silencio. En el comedor, cuya ventana estaba abierta de par en par sobre la terraza, la vieja Rosa, desde hacía un momento,

ponía la mesa, con irritados ruidos de vajilla y de argentería. Parecía de muy mal temple, empujando los muebles, refunfunando palabras entrecortadas. Después fué a plantarse en la puerta de la calle, alargando el cuello, y mirando a lo lejos hacia la plaza de la Sub-Prefectura. Después de unos minutos de espera, se presentó en la escalinata, gritando:

—¿Es que M. Mouret no vendrá a comer?

—Sí, Rosa, espere usted—respondió Marta tranquilamente.

—Es que todo se quema. No hay juicio. Cuando el señor hace eso, bien podría avisar... A mí me es igual, al fin y al cabo. La comida no se podrá comer.

—¿Lo crees así, Rosa?—dijo tras ella una voz tranquila.—Ya nos la comeremos como esté.

Era Mouret que entraba. Rosa se volvió y miró a su amo de hito en hito, como si fuese a estallar; pero ante la absoluta calma de aquel rostro en el que se veía un asomo de socarronería burguesa, no dió con una sola palabra y se fué. Mouret bajó a la terraza, donde paseó sin sentarse. Se limitó a dar, con la yema de los dedos, un golpecito en la mejilla a Deseada, que le sonrió. Marta había levantado los ojos; luego, después de mirar a su marido, se había puesto a arreglar su labor sobre el costurero.

—¿No está usted cansado?—preguntó Octavio, que miraba los zapatos de su padre, blancos de polvo.

—Sí, un poco—respondió Mouret, sin hablar más de la larga caminata que había andado a pie.

Pero vió, en medio del jardín, una azada y un rastrillo que los niños debían de haber olvidado allí.

—¿Por qué no entráis los aperos?—exclamó.—Lo he dicho cien veces. Si lloviese se enmohecerían todos.

No se enfadó más. Bajó al jardín, se dirigió él mismo por la azada y el rastrillo, y fué a colgarlos cuidadosamente al pequeño invernáculo. Al subir otra vez a la terraza, escudriñaba con la vista todos los rincones de las calles del jardín para ver si todo estaba en orden.

—¿Y tú, estudias las lecciones?—preguntó al pasar junto a Sergio, que no había soltado el libro.

—No, padre mío—respondió el muchacho.—Es un libro que me ha prestado el Padre Bourrette; el relato de las "Misiones en la China".

Mouret se paró de pronto ante su mujer.

—A propósito—dijo.—¿No ha venido nadie?

—No, nadie—dijo Marta con aspecto sorprendido.

El iba a continuar, pero pareció pensarlo mejor; siguió paseando otro rato sin decir palabra; después, asomándose a la escalinata:

—¡Bueno, Rosa! ¿Y esa comida que se quemaba.

—¡Caramba!—gritó desde el fondo del corredor la furiosa voz de la cocinera.—Ahora no hay nada a punto; todo está frío. Esperará usted, señor.

Mouret se rió en silencio; guiñó el ojo izquierdo, mirando a su mujer y a sus hijos. La cólera de Rosa parecía divertirle mucho. En seguida se quedó absorto mirando los árboles frutales de su vecino.

—Es sorprendente — dijo a media voz. — Rastoil tiene peras magníficas este año.

Marta, inquieta hacía un instante, parecía te-

ner en los labios una pregunta. Se decidió y dijo tímidamente:

—¿Esperas hoy a alguien?

—Sí y no—respondió Mouret volviendo a pasear.

—¿Has alquilado el segundo piso, acaso?

—Sí, en efecto, lo he alquilado.

Y, como empezara un silencio embarazoso, continuó el marido con apacible voz:

—Esta mañana, antes de partir para las Tulettes, he subido a casa del padre Bourrette; me ha apurado mucho, y ¡qué demonio! he cerrado tratos... Ya sé que esto te contraría. Pero piensa un poco, y verás que no eres sensata, hija mía. Ese segundo piso no nos servía de nada; se estaba estropeando... Los frutos que conservábamos en las habitaciones, dejaban una humedad que despegaba el papel... Y ahora que hablo de ello, no te olvides de mandar quitar los frutos mañana mismo; nuestro inquilino puede llegar de un momento a otro.

—¡Estábamos tan cómodos, solos en nuestra casa!—dijo Marta a media voz.

—¡Bah!—repuso Mouret.—Un cura no estorba mucho... Vivirá él en su casa y nosotros en la nuestra... Esos sotanas se esconden hasta para beberse un vaso de agua... ¡Ya sabes tú lo que yo los quiero! Casi todos son vagos... Pues bueno, lo que me ha decidido, a alquilarlo, es precisamente el haber encontrado un cura. De ellos nada hay que temer por el dinero, y no se les oye ni meter la llave en la cerradura.

Marta estaba desconsolada. Miraba, a su alrededor, la casa dichosa, bañando en el adiós al sol el jardín, donde la sombra se tornaba más gris;

miraba a sus hijos, su felicidad adormecida que reinaba allí, en aquel estrecho rincón.

—¿Y sabes quién es ese cura?

—No, pero el Padre Bourette lo ha alquilado en su nombre, y eso basta. El Padre Bourette es un buen sujeto... Sé que nuestro inquilino se llama Faujas, el Padre Faujas, y que viene de la diócesis de Besançon. No habrá podido entenderse con su curato, y le deben de haber nombrado vicario aquí, en San Saturnino. Quizá conoce a nuestro obispo, monseñor Rousselot. En fin, no nos importa, ¿comprendes? Yo, en todo esto, me fío del Padre Bourette.

Sin embargo, Marta no se convencía. Hacía frente a su marido, cosa que le sucedía rara vez.

—Tienes razón—dijo después de corta pausa.

—El Padre es un hombre dignísimo. Sólo que, recuerdo que cuando vino a ver el cuarto me dijo que no conocía a la persona en cuyo nombre lo alquilaba. Es uno de esos encargos que se hacen entre curas, de una ciudad a otra... Creo que hubieras podido escribir a Besançon, informarte, en una palabra, saber a quién metes en tu casa.

Mouret no quería enfadarse; se rió con complacencia.

—No será el diablo, mujer... Ya te veo temblando... No te creía tan supersticiosa... Por lo menos, no creerás que los curas den mal de ojo, como dicen... Tampoco traen la suerte, eso es verdad. Son como los demás hombres... ¡Bueno va! Ya verás, cuando esté aquí el Padre, si me da miedo su sotana...

—No, no soy supersticiosa, ya lo sabes—murmuró Marta.—Tengo como una pena, y nada más.

El se plantó ante ella y la interrumpió con brusco ademán.

—¿Basta, verdad?—dijo.—Lo he alquilado y no hablemos más.

Y añadió, con el tono burlón de un burgués que cree haber hecho un buen negocio:

—Lo positivo es que lo he alquilado por ciento cincuenta francos; y son ciento cincuenta francos más que entrarán en casa cada año.

Marta había bajado la cabeza, si protestar más que con un vago balanceo de las manos, cerrando dulcemente los ojos, como para no dejar caer las lágrimas que henchían sus párpados. Lanzó una mirada furtiva a sus hijos, quienes, durante la explicación que acababa de tener con su padre, parecían no haber oído, acostumbrados sin duda a escenas como aquella, en las cuales se complacía la burlona verbosidad de Mouret.

—Si quiere usted comer ahora, puede usted venir—dijo Rosa con su cazorra voz, saliendo a la escalinata.

—Andando. ¡Niños, a la sopa!—gritó alegremente Mouret, sin parecer conservar el mal humor ni por asomo.

Levantóse la familia. Entonces Deseada, que había conservado su gravedad de pobre inocente, tuvo como un despertar de dolor, al ver que todos se movían. Se arrojó al cuello de su padre y balbuceó:

—Papá, se me ha escapado un pájaro.

—¿Un pájaro, nenita? Ya lo volveremos a coger.

La acariciaba, poniéndose muy zalamero. Pero fué menester que fuese él también a ver su jaula. Cuando volvió con la niña, Marta y sus dos hijos se hallaban ya en el comedor. El sol poniente, que entraba por la ventana, comunicaba gran alegría a los platos de porcelana, a los cu-

biertos, al mantel blanco. La estancia estaba tibia, recogida, sobre el fondo verdoso del jardín.

Cuando Marta, calmada por aquella paz, quitaba sonriendo la tapa de la sopera, se oyó un ruido en el corredor. Rosa, asustada, se presentó balbuceando:

—Ahí está el Padre Faujas.

## II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO MAYES"  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

Mouret hizo un gesto de contrariedad. No esperaba realmente a su inquilino sino dentro de dos días, lo más pronto. Se levantaba vivamente, cuando el Padre Faujas apareció en la puerta por el corredor. Era hombre alto y fuerte, de rostro cuadrado, de grandes facciones y terrosa tez. Detrás de él, en su sombra, estaba una mujer de edad, que se le parecía asombrosamente, más pequeña y de aspecto más basto. Al ver la mesa puesta, hicieron los dos un movimiento de vacilación; retrocedieron discretamente, pero sin retirarse. La alta figura negra del cura formaba una mancha de luto sobre la alegría de la pared blanqueada de cal.

—Perdónenos que les incomodemos — dijo el cura a Mouret.—Venimos de casa del Padre Bourette, que ha debido de avisar a usted...

—¡En absoluto!—exclamó Mouret.—El Padre hace siempre lo mismo; parece que vive en el Limbo... Esta misma mañana, señor, me aseguraba que no estaría usted aquí hasta dentro de dos días... En fin, de todos modos tendremos que invitarle a usted.

El Padre Faujas se excusó. Tenía la voz grave, de gran dulzura en la caída de las frases. Verda-

deramente, sentía muchísimo llegar en aquel momento. Cuando hubo manifestado su sentimiento, sin charlatanería, en diez palabras nítidamente escogidas, se volvió para pagar al mandadero que había llevado su maleta. Sus gruesas manos bien formadas sacaron de un pliegue de la sotana una bolsa, de la que no se vieron más que los anillos de acero; la palpó un instante, y metió en ella los dedos, con precaución, bajando la cabeza. Después, sin que se viera la moneda, el mandadero se fué. El cura repitió con su voz cortés:

—Le ruego, señor, que se vuelva a sentar a la mesa... Su criada nos enseñará la habitación. Ella me ayudará a subir esto.

Se bajaba para coger un asa de la maleta. Era una maletita de madera, con cantoneras y tiras de hierro; parecía haber sido compuesta, por uno de sus lados, por medio de un travesaño de madera de abeto. Mouret se quedó sorprendido, buscando con la vista el restante equipaje del cura; pero no vió más que un gran cesto, que la señora de edad sostenía con las dos manos, ante las faldas, empuñándose, a pesar del cansancio, en no dejarlo en el suelo. Bajo la tapa algo levantada, y entre paquetes de ropa blanca, salían la esquina de un peine envuelto en papel y el cuello de una botella mal tapada.

—No, no, dejen ustedes eso—dijo Mouret empujando levemente la maleta con el pie.—No debe de pesar mucho. Rosa la subirá sola.

Sin duda no se dió cuenta del secreto desdén que tenían sus palabras. La señora de edad le miró fijamente con sus negros ojos; después, los fijó en el comedor, en la mesa servida, que examinaba, desde que estaba allí. Pasaba de un objeto a otro, frunciendo los labios. No había pro-

nunciado una palabra. Sin embargo, el Padre Faujas consintió en dejar la maleta. En el amarillo polvo del sol que entraba por la puerta del jardín, su raída sotana parecía roja; sus bordes estaban llenos de zurcidos; estaba muy limpia, pero tan delgada, tan lamentable, que Marta, que hasta entonces había estado sentada con una especie de reserva inquieta, se levantó a su vez. El Padre, que no le había echado más que una ojeada rápida, presto desviada, la vió dejar su silla, aunque no pareció mirarla.

—Les ruego—repitió que no se molesten; sentiríamos mucho interrumpirle la comida.

—Bueno, eso es—dijo Mouret, que tenía hambre.—Rosa les acompañará. Pídanle todo lo que necesiten. Instálense, instálense ustedes a sus anchas.

El Padre Faujas, después de saludar, se dirigía ya hacia la escalera, cuando Marta se cercó a su marido, diciendo en voz baja:

—Pero no piensas...

—¿El qué?—preguntó él, al verla vacilar.

—Las frutas, ya lo sabes.

—¡Ah, diantre! Es verdad, las frutas—dijo con acento consternado.

Y como volviera el Padre Faujas, interrogándole con la mirada:

—Me contraría muchísimo, señor—le dijo.—El Padre Bourrette es sin duda un buen hombre, pero es enojoso que le haya encargado usted de esto... Tiene la cabeza a pájaros. De haberlo sabido, todo estaría preparado... Y no que ahora tenemos que desalojar... Nosotros utilizábamos las habitaciones, ¿sabe usted? Tenemos en el suelo toda nuestra cosecha de frutas, higos, manzanas, uvas...

El cura escuchaba con una sorpresa que no podía disimular ni con su gran cortesía.

—¡Oh! pero no será largo—continuó Mouret.— Si quiere usted esperarse un poco, Rosa lo quitará todo en diez minutos.

En el terroso rostro del Padre aumentaba una viva inquietud.

—¿El cuarto está amueblado, verdad? — preguntó.

—En absoluto, no hay un solo mueble. No lo hemos habitado nunca.

Entonces el cura perdió la calma, y pasó una centella por sus ojos grises. Exclamó con reprimida violencia:

—¡Cómo! Yo había encargado expresamente en mi carta que me alquilaran un cuarto amueblado. Yo no podía traer muebles en la maleta.

—¿Eh, no lo decía yo?—dijo Mouret en tono más alto.—Ese Bourrette es inverosímil... Vino, señor, y vió las manzanas; como que hasta cogió una, declarando que pocas veces había visto manzanas tan hermosas. Dijo que le parecía muy bien, que era lo que quería y que lo alquilaba.

El Padre Faujas no oía ya; una ola de cólera había subido a sus mejillas. Volvióse y balbuceó con ansiosa voz:

—¿Oye usted, madre? No hay muebles.

La anciana señora, arropada en delgado chal negro, acababa de visitar el patio, a pasitos furtivos, sin soltar el cesto. Había avanzado hasta la puerta de la cocina, e inspeccionado sus cuatro paredes; después, volviendo a la escalinata, había tomado posesión del jardín, lentamente, con una mirada. Pero lo que más le interesaba era el comedor; estaba otra vez en pie, delante de la ser-

vida mesa, viendo humear la sopa, cuando su hijo le repitió:

—¿Oye usted, madre? Tendremos que ir a la fonda.

La anciana levantó la cabeza, sin contestar; todo su rostro se negaba a abandonar aquella casa, cuyos menores rincones conocía ya. Se encogió imperceptiblemente de hombros, con los ojos vagos, yendo de la cocina al jardín y del jardín a la cocina.

Entretanto Mouret se impacientaba. Al ver que ni la madre ni el hijo parecían decididos a irse, dijo:

—Desgraciadamente, no tenemos camas... En el granero hay un catre en el que la señora, en caso necesario, podría acomodarse hasta mañana; sólo que no veo dónde podría dormir el señor cura.

Entonces la vieja abrió por fin los labios, y dijo con voz breve, de timbre un tanto ronco:

—Mi hijo tomará el catre... Yo no necesito más que un colchón en el suelo, en un rincón.

El cura aprobó el arreglo con un movimiento de cabeza. Mouret iba a protestar, a buscar otra cosa; pero al ver el aspecto satisfecho de sus nuevos inquilinos, se calló, limitándose a cambiar con su mujer una mirada de asombro.

—Mañana será otro día—dijo con su punto de burla casera,—y podrán ustedes amueblarse como deseen. Rosa va a subir a quitar la fruta y a hacer las camas. Si quieren ustedes esperar un momento en la terraza... Vamos, niños, dadles dos sillas.

Los chicos, desde la llegada del cura y de su madre, habían permanecido tranquilamente sentados a la mesa. Les examinaban con curiosidad. El cura había aparentado no verles; pero madame



Faujas se había detenido un instante en cada uno de ellos, mirándoles como para penetrar de una vez en aquellas jóvenes cabezas. Al oír las palabras de su padre, se levantaron los tres apresuradamente.

La anciana no se sentó. Al volverse M<sup>o</sup>uret y no verla, la encontró plantada delante de una de las entornadas ventanas del salón; estiraba el cuello y acababa su examen, con la tranquila soltura de una persona que visita una propiedad que se vende. En el momento en que Rosa levantaba la maletilla, entró en el vestíbulo, diciendo sencillamente:

—Yo subo a ayudarla.

Y subió detrás de la criada. El sacerdote no volvió siquiera la cabeza; sonreía a los tres niños, que se habían quedado en pie delante de él. Su rostro tenía expresión de gran dulzura, cuando quería, a pesar de la dureza de la frente y de los rudos pliegues de su boca.

—¿Es esta toda su familia, señora?—preguntó a Marta, que se había acercado.

—Sí, señor—respondió la dama, turbada por la mirada clara que el cura había clavado en ella.

Pero el Padre Faujas miró de nuevo a los niños y prosiguió:

—Dos muchachos que pronto serán hombres... ¿Ha terminado usted sus estudios, amigo mío?

Se dirigía a Sergio. Mouret cortó la palabra al chico.

—Este ha terminado, aunque es el menor. Cuando digo que ha terminado, quiero decir que es bachiller, porque ha vuelto al colegio para estudiar un año de filosofía; es el sabio de la familia... El otro, el mayor, ese pazuato, no vale gran cosa... Ya le han suspendido dos veces en la re-

válida, y es un tunante que está siempre holgazaneando.

Octavio escuchaba estos reproches sonriendo, así como Sergio había bajado la cabeza al oír los elogios. Faujas pareció estudiarlos otro instante en silencio; pasando a Deseada y recobrando su aspecto de ternura:

—Señorita—preguntó,—¿me permite usted que sea su amigo?

La niña no respondió; casi asustada, fué a ocultar el rostro en el hombro de su madre. Esta, en lugar de separarle la cara, la estrechó más, pasándole el brazo por el talle.

—Perdónela usted—dijo con cierta tristeza.—No tiene la cabeza fuerte... Se ha quedado niña... Es una inocentona. No la atormentamos para que estudie. Tiene catorce años, y aun no sabe más que querer a los animales.

Deseada, con las caricias de su madre, se había tranquilizado; había vuelto la cabeza y sonreía. Luego, con cierto atrevimiento:

—Quiero que sea usted mi amigo... Pero, ¿usted no hace nunca daño a las moscas, verdad?

Y como todos se echaran a reír en torno de ella:

—Octavio las aplasta—continuó gravemente,—y eso está mal.

El Padre Faujas se había sentado. Parecía cansadísimo. Se absorbió por un momento en la tibia paz de la terraza, paseando sus lentas miradas por el jardín, bajo los árboles de las propiedades vecinas. Aquel gran sosiego, aquel desierto rincón de ciudad pequeña, le causaba una especie de sorpresa. Su rostro se manchó de sombrías placas.

—Se está muy bien aquí—dijo a media voz.

Después guardó silencio, como absorto y per-

dido. Sintió un ligero sobresalto, cuando Mouret le dijo riendo:

—Ahora, señor, si usted nos lo permite, vamos a sentarnos a la mesa.

Y, al ver una mirada de su esposa:

—Debería usted hacer como nosotros, aceptar un plato de sopa. Esto le evitaría ir a comer a la fonda... No haga usted cumplidos, se lo ruego.

—Un millón de gracias; nada necesitamos—respondió el Padre con tono de extremada cortesía, que no admitía segunda invitación.

Entonces los Mouret volvieron al comedor, en donde se sentaron a la mesa. Marta sirvió la sopa. Pronto se sintió un alegre estrépito de cucharas. Los niños bromeaban. Deseada lanzó claras risas, al oír un cuento que refería su padre, encantado al verse por fin a la mesa. Entretanto, el Padre Faujas, a quien habían olvidado, permanecía sentado en la terraza, inmóvil, frente al sol poniente. Cuando el sol iba a desaparecer, se descubrió, sofocado sin duda. Marta, colocada delante de la ventana, vió su gran cabeza desnuda, de cabellos cortos, encanecidos ya por las sienes. Un postrer resplandor rojo alumbró aquel rudo cráneo de soldado en el que la tonsura era como la cicatriz de una herida de maza; después, el resplandor se extinguió y el cura, entrando en la sombra, no fué más que un perfil negro sobre la ceniza gris del ocaso.

Por no llamar a Rosa, Marta fué por sí misma en busca de una lámpara y sirvió el primer plato. Al volver de la cocina, encontró, al pie de la escalera, a una mujer a quien no conoció al pronto. Era madame Faujas. Se había puesto una gorri-lla de tela blanca; parecía una criada, con su traje de algodón, sujeto al cuerpo por una pañole-

ta amarilla, atada detrás de la cintura; y, con los puños desnudos, jadeante aún por el trabajo que acababa de hacer, golpeaba las losas del corredor con sus gruesos zapatos de lazo.

—Ya está, ¿verdad, señora?—le dijo Marta sonriendo.

—¡Oh! Nada respondió.—En dos minutos ha estado listo.

Bajó la escalinata y endulzó la voz:

—Ovidio, hijo mío, ¿quieres subir? Todo está listo arriba.

Tuvo que tocar a su hijo en el hombro para sacarle de su abstracción. El aire refrescaba. El se estremeció, y la siguió sin hablar. Al pasar ante la puerta del comedor, blanco por la viva claridad de la lámpara, bullicioso por la charla de los chicos, alargó la cabeza, diciendo con su voz dúctil:

—Permitan que les dé otra vez las gracias, y perdónenos toda esta molestia... Estamos confusos...

—¡No, no!—exclamó Mouret.—Nosotros somos los que sentimos no poder ofrecerles nada mejor esta noche.

El cura saludó, y Marta tropezó de nuevo con aquella mirada clara, aquella mirada de águila que la había emocionado. Parecía que por el fondo de aquellos ojos, ordinariamente de sombrío gris, pasara bruscamente una llama, como esas lámparas que se pasean tras las dormidas fachadas de las casas.

—Parece que es hombre de pelo en pecho—dijo burlonamente Mouret cuando se hubieron ido el hijo y la madre.

—Los creo poco felices—murmuró Marta.

—Lo que es en la maleta no se traen un Perú...

¡Es pesada a fe mía! La habría levantado con la punta del meñique.

Pero fué interrumpido en su charla por Rosa, que acababa de bajar la escalera corriendo, para contar las cosas sorprendentes que había visto.

—¡Ah!—dijo plantándose ante la mesa en que comían sus amos.—¡Vaya una valiente! Esa señora tiene al menos sensenta y cinco años, ¡Y cualquiera lo diría! Trabaja como un caballo, se mueve, empuja...

—¿Te ha ayudado a quitar la fruta?—preguntó Mouret con curiosidad.

—Ya lo creo, señor. Se llevaba las frutas así, en su delantal; cargas horribles. Yo pensaba que se iba a romper el traje. Pero no; es de tela sólida, de la tela que yo misma gasto... Hemos tenido que hacer más de diez viajes. Yo tenía ya los brazos destrozados. Ella refunfuñaba, diciendo que no estaba bien. Creo, y perdónenme, que la he oído soltar un taco.

Mouret parecía divertirse mucho.

—¿Y las camas?—preguntó.

—¿Las camas? Ella las ha hecho... Hay que verla dar la vuelta a un colchón. Como si nada; lo coge por una esquina, y lo tira al aire como una pluma... Y es cuidadosísima. Ha arreglado el catre como una cuna. No hubiera puesto las sábanas con más devoción para acostar al niño Jesús... De los cuatro cobertores, ha puesto tres en el catre. Lo mismo que las almohadas; no ha querido ninguna para ella; su hijo tiene las dos.

—¿Entonces va a dormir en el suelo?

—En un rincón, como un perro. Ha puesto un colchón en el suelo del otro cuarto, diciendo que va a dormir allí mejor que en el paraíso. No he podido convencerla para que se acomode mejor.

Dice que no siente frío nunca y que tiene la cabeza demasiado dura para temer la dureza del suelo. Les he dado agua y azúcar, como me ha mandado la señora, y nada más... es gente muy rara, de todos modos.

Rosa acabó de servir la comida. Los Mouret, aquella noche, prolongaron la sobremesa. Hablaban largamente de los nuevos inquilinos. En su vida, de regularidad de reloj, la llegada de aquellas dos personas extrañas era un gran acontecimiento. Hablaban de éste como de una catástrofe, con esos pormenores minuciosos que ayudan a pasar las largas veladas de provincias. Mouret, sobre todo, se moría por los comadrazgos de ciudad chica. Durante los postres, con los codos sobre la mesa, en la tibieza del comedor, repitió por décima vez, con el aspecto satisfecho de un hombre feliz:

—No es regalo bonito el que Besançon hace a Plessans. ¿Habéis visto la espalda de la sotana, al volverse? Mucho me admiraría que las devotas corrieran detrás de él. Va demasiado raído... A las devotas les gustan los curas bonitos...

—Su voz tiene mucha dulzura—dijo Marta, que era indulgente.

—No cuando se enfada—repuso Mouret.—¿No le habéis oído enfadarse, al saber que el cuarto no estaba amueblado? ¡Es muy brusco. No se entretendrá en el confesionario, no! Me gustaría ver cómo va a amueblar el cuarto mañana. Con tal de que pague... Oh, ¿a mí qué? Yo me dirigiré al Padre Bourrette; sólo le conozco a él.

En la familia eran poco devotos. Los mismos niños se burlaron del cura y de su madre. Octavio imitó a la anciana, cuando alargaba el cuello

para ver el fondo de las habitaciones; lo cual hizo reír a Deseada.

Sergio, más grave, defendió a aquella "pobre gente". De ordinario, a las diez en punto, cuando no jugaba su partida de "piquet", Mouret tomaba una palmatoria e iba a acostarse; pero aquella noche, a las once, aun se defendía contra el sueño. Deseada había acabado por dormirse, con la cabeza sobre las rodillas de Marta. Los dos chicos habían subido a su habitación. Mouret seguía hablando solo, frente a su mujer.

—¿Qué edad le echas?—preguntó bruscamente.

—¿A quién?—dijo Marta, que comenzaba también a amodorrarse.

—¡Al cura, caramba! De cuarenta a cuarenta y cinco, ¿verdad? Es un buen mozo... Mira si no es lástima que eso lleve sotana... Habría hecho un magnífico carabinero.

Después, al cabo de una pausa, hablando solo, y continuando en voz alta las reflexiones que le ponían pensativo:

—Han llegado en el tren de las siete menos cuarto. De modo que sólo han tenido tiempo de pasar por casa del Padre Bourrette y de venir aquí... Apostaría a que no han comido... Es claro. Les habríamos visto salir para ir a la fonda... Me gustaría saber dónde han podido comer.

Rosa, desde hacía rato, daba vueltas por el comedor esperando que sus señores fueran a acostarse, para cerrar puertas y ventanas.

—Yo sé dónde han comido—dijo.

Y como Mouret se volviera vivamente:

—Sí, he subido a ver si les faltaba algo... Como no he oído ruido, no me he atrevido a llamar; he mirado por la cerradura.

—Mal hecho, muy mal—interrumpió Marta seve-

ramente.—Ya sabe usted, Rosa, que eso no me gusta.

—¡Quita, quita!—dijo Mouret, que, en otras circunstancias, se habría enfadado con la curiosa.

—¿Ha mirado usted por la cerradura?

—Sí, señor; era con buen fin.

—Claro que sí... ¿Qué hacían?

—Pues... comían. Les he visto que comían en una esquina del catre. La vieja había extendido una servilleta. Cada vez que se servían vino, volvían a recostar la botella en la almohada.

—Pero ¿qué comían?

—No lo sé de fijo, señor. Me ha parecido un resto de pastel, en un periódico. También tenían manzanas, manzanitas de nada.

—¿Y hablaban, verdad? ¿Ha oído usted lo que decían?

—No, señor, no hablaban... He estado mirándoles un buen cuarto de hora. No decían nada, ni esto. Comían, comían...

Marta se había levantado, despertando a Deseada, y haciendo acción de subir; la curiosidad de su marido la ofendía. Mouret se decidió al fin a subir también. En tanto que Rosa, que era devota, continuaba en voz baja:

—El pobre señor debe de tener mucha hambre... Su madre le daba los pedazos más grandes, y le oía tragar con un placer... Como no le incomode el olor de la fruta... No huele bien en ese cuarto; ese olor agrio de las manzanas y las peras... y ni un solo mueble; nada, más que la cama en un rincón. Yo me moriría de miedo, y tendría la luz encendida toda la noche.

Mouret había cogido la palmatoria. Se quedó un instante en pie delante de Rosa, resumiendo la velada en esta frase de burgués sacado de sus habituales ideas:

—Es extraordinario.

Después alcanzó a su esposa al pie de la escalera. Ya estaba Marta acostada, y aun dormida, y Mouret seguía oyendo los leves ruidos que llegaban del piso superior. El cuarto del cura estaba precisamente encima del suyo. Oyó abrir dulcemente la ventana, lo cual le preocupó mucho. Levantó la cabeza de la almohada, luchando desesperadamente contra el sueño, y deseoso de saber cuánto tiempo estaría el cura asomado a la ventana. Pero el sueño fué más fuerte; Mouret roncaba antes de haber podido oír otra vez el sordo rechinar de la falleba.

Arriba, en la ventana, el Padre Faujas, con la cabeza desnuda, miraba la negra noche. Permaneció mucho tiempo allí, feliz al verse por fin solo, abstrayéndose con los pensamientos que le ponían tanta dureza en la frente. Bajo él, oía el sueño tranquilo de aquella casa en que estaba hacía unas horas, el puro aliento de los niños, el honesto hálito de Marta, la respiración gruesa y regular de Mouret. En su erguido cuello de luchador, se veía una especie de desprecio, cuando levantaba la cabeza para ver a lo lejos, hasta el fondo de la ciudad dormida. Los grandes árboles del jardín de la subprefectura, los perales del señor Rastoil, alargaban sus miembros flacos y retorcidos; más allá no se veía más que un mar de tinieblas, un caos del que no subía el menor ruido.

El Padre Faujas extendió los brazos con ademán de desafío irónico, como si quisiera coger a Plassans para ahogarlo en un apretón contra su robusto pecho. Y dijo a media voz:

—¡Y esos imbéciles que sonreían, esta tarde, al verme atravesar sus calles!

## III

Al día siguiente pasó Mouret la mañana espionando a su nuevo inquilino. Este espionaje iba a llenar las vacías horas que pasaba en casa metiéndose en todo, arreglando las cosas en su sitio, buscando riñas a su mujer y a sus hijos. En adelante tendría un quehacer, una diversión que le sacaría de su vida de todos los días. No le gustaban los curas, como decía, y el primero que caía en su existencia le interesaba hasta un punto extraordinario. Aquel cura traía a su casa un don misterioso, un algo desconocido, casi inquietante. Aunque alardeaba de fortaleza de alma, aunque se declarase volteriano, frente al Padre sentía un asombro, un estremecimiento de burgués, en el que se transparentaba un punto de picante curiosidad.

Ni un ruido se oía en el piso superior. Mouret escuchó atentamente en la escalera, y se atrevió hasta a subir al granero. Al acortar el paso cuando cruzaba el corredor, un pisar de zapatillas que creyó oír detrás de la puerta le emocionó en grado sumo.

Sin haber podido sorprender nada claro, bajó al jardín y se paseó por la glorieta del fondo, procurando ver por las ventanas lo que pasaba en las habitaciones. Pero ni siquiera vió la sombra

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO DE LEE"  
Aptdo. 3025 MONTERREY, MEXICO